SARG. ¡Ah, sí!
JUANA ¿Qué dices?
SARG. ¡Que Dios me inspira!
¡La brecha! Mira, (Señalándola.)
voy por allí. (Por la brecha.)
JUANA ¡Radoub!
SARG. No dudes
para cogerlos
á los infames
entre dos fuegos.
JUANA ¡Radoub! ¡Los niños!
SARG. ¡Para salvarlos
de sus furores
entre mis brazos!
JUANA ¡Animo!
SARG. ¡Valor!
JUANA ¡Nunca me ha faltado!
SARG. ¡Nunca me faltó!
JUANA ¡Adiós!
SARG. ¡Adiós!
¡Si vivo, con ellos
me verás volver!
De sus propias garras
los arrancaré.

(Después de abrazar á Juana, emprende el camino hasta llegar trabajosamente al pie de la brecha, por la que sube luego hasta la tronera. Las frases que siguen expresan las vacilaciones de Radoub durante su ascensión y su alegría al fin y el afán conque Juana le sigue y le alienta.)

SARG. ¡Por aquí!
JUANA ¡Por allí!
SARG. ¡Más allá!
¡Sí!
JUANA ¡Ya!
SARG. ¡Sí!
¡Por aquí!
JUANA ¡Llegará!
¡Ah!
SARG. ¡Ah!
JUANA ¡Ya!
SARG. ¡Ya llegué!

JUANA ¡Ya llegó! (Con júbilo.)
(Sostenido ya con los hierros de la tronera con ambas manos.)
SARG. ¡Adiós!
JUANA ¡Adiós!

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

Telón corto. Bosque en las inmediaciones de la Torre del Aguila. Sigue la música.

ESCENA IX

MICAELA que sale por la izquierda dando muestras de gran fatiga é inmenso dolor y marchando trabajosamente.

Giro de nuevo
sobre mis pasos.
Crucé tres veces
ya por aquí.
Mis ojos núblanse...
Fuerzas me faltan...
¡Qué horrible vértigo!
¡Pobre de mí!

—

Mas pobres ellos:
los pobres hijos
de mis entrañas,
¿dónde estarán?
Dejad que corra
siempre buscándolos
que al fin su madre
los hallará.

—

Siempre sufrir,
siempre llorar,
siempre gemir

y andar y andar...
¡Ay, ay de mí!
¿Dónde estarán? (Mutis por la derecha.)

ESCENA X

CORO de Aldeanas, que salen por la izquierda recelosamente.

¡Silencio! ¡La loca!
¡Miradla! ¡Allá va!
¡De verla corriendo,
pasando,
girando,
siguiendo,
volviendo,
qué susto me da!

—

UNAS — Hace días que una tarde
por el bosque apareció.
OTRAS — Los cabellos en desorden
y los ojos espantados
y quebrada la color.
UNAS — De fatiga jadeante,
sudorosa y suspirando
por el bosque prosiguió.
OTRAS — Y lanzaba á cada instante
roncos gritos de dolor.
UNAS (Con espanto.)
¡Silencio! ¡Que viene!
OTRAS (Idem.)
¡Corramos! ¡Qué horror!
TODAS — ¡No, no; no es la loca!
¡Más calma, por Dios! (Tranquilizándose.)

—

UNAS — Yo no sé qué ciego instinto
la detiene por aquí.
OTRAS — Debe estar la pobre loca
de gemir inútilmente,
de llorar y de sufrir.
UNAS — De fatiga jadeante

corre y corre, pasa y vuelve
una vez y cien y mil.
OTRAS — Y lanzando á cada instante
sus gemidos la infeliz.
UNAS (Aterrorizadas.)
¡Silencio! ¡Que viene!
OTRAS (Idem.)
¡Silencio! ¡Por Dios!
TODAS (Idem.)
¡La loca! ¡Dios mío!
¡Corramos! ¡Qué horror!

ESCENA XI

DICHAS y MICAELA, que vuelve por la derecha. Las aldeanas han huído hacia la izquierda formando un grupo.

MIC. — ¡No huyais, hermanas. (i)
por compasión!
¡Causaros miedo
me da terror!
¡Venid y oidme,
venid por Dios!
CORO (Corriéndose hacia Micaela.)
Ayes y lágrimas
hay en su voz.
¡Venid y oigámosla
por compasión!
MIC. — ¡Ni loca he sido
ni loca soy!
¡Es que estoy loca
de dolor!
(Las Aldeanas rodean á Micaela.)
¡Soy una madre! Me han robado
á los tres hijos de mis entrañas,
en los horrores de la refriega,
entre los gritos y entre las balas.
Mi vista en vano doquier los busca,
mi voz en vano doquier los llama.

(i) Coro
Micaela Coro Coro.

Decidme pronto,
decidme, hermanas
en dónde están los hijos
de mis entrañas.

CORO — No sé qué tiene
su triste voz,
que llegan sus acentos
al corazón.

MIC. — ¡Soy una madre! ¿Sabéis vosotras
cómo á sus hijos las madres aman?
¿Sabéis vosotras lo que es perderlos
y no encontrarlos? ¿Sabéis mis ansias?
Mi vista, en vano, doquier los busca;
mi voz, en vano, doquier los llama.
Decidme pronto,
por Dios, hermanas,
¿en dónde están los hijos
de mis entrañas?

—

CORO — Las tristes voces
de su dolor,
llegan á lo más hondo
del corazón.

MIC. — Tened, por lo menos,
de mí compasión.
¡Mis hijos, mis hijos,
mis hijos, por Dios!

—

CORO — Sus penas espantan,
y espanta su voz;
y en vano querría
calmar su dolor.

MIC. — Tened, por lo menos,
de mí compasión.

—

CORO — ¡En qué lograría
calmar su dolor!

CORO — ¡Sus penas espantan!
¡Espanta su voz!

MIC. — ¡Mis hijos, mis hijos,
mis hijos, por Dios!

Hablado

MIC. — ¿Dónde están? ¿Dónde? ¿Tampoco lo sabéis vosotras? Son tres, tres soles; dos niños: uno de seis años y otro de cinco, y una niña de tres. ¡Hijos de mi alma!

MUJER 1.ª — ¡Berta!

BERTA — ¡Aguarda!

MIC. — Vagábamos á la aventura; nos recogieron unos soldados y nos llevaron á una granja... y vinieron otros y se trabó un combate terrible... y yo, de un golpe caí al suelo medio muerta... (j), y se llevaron á mis hijos.., y desde entonces los busco por donde Dios me lleva, y, ¡ay de mí, que no puedo encontrarlos!

BERTA — (Con vivo interés.) ¿Fué acaso un batallón de París el que los recogió?

MIC. — ¡Tal vez!

BERTA — ¿Fueron las tropas del marqués de Lantenac las que asaltaron aquella granja?

MIC. — Algo de eso he oído decir.

BERTA — ¿No era en la granja de las Tres Cruces, como á unas ocho leguas de estos sitios?

MIC. — Eso, ¡sí!

BERTA — Pues bien, oidme, y no desesperéis aún. En la Torre del Aguila, donde se ha refugiado el marqués de Lantenac, hay tres niños, de los cuales, según se dice, apoderáronse los realistas en la granja de las Tres Cruces.

VARIAS — ¡Sí, sí!

MIC. — ¡Dios mío! ¿Pero cómo están allí?

BERTA — ¡Prisioneros!

MIC. — ¿Prisioneros? ¡Ah, sí! Creerán que he muerto, y por eso no quieren dárselos á nadie. Pero á mí me los devolverán, puesto que vivo, en cuanto vaya por ellos. ¡A mí, á mí! ¡A su madre! ¿Hacia dónde está esa torre, decidme?

(j) Coro. Coro. Coro. Micaela. Coro.

BERTA — Cerca de aquí, por ese camino, á menos de media legua.

MIC. — Voy allá. (Yendo hacia la izquierda.)

BERTA — ¡Por Dios, atendedme! ¡Sabed que allí también se baten ahora con terrible furia!

MIC. — ¡Y qué! ¿No decís que allí están mis hijos?

BERTA — ¡Dos minutos! ¡Oid!

MIC. — ¡No, no! Ya sé todo lo que necesitaba saber. ¡Dejadme!

MUJER 1.ª — ¡Sigámosla!

MIC. — ¡Por fin, Virgen Santa! ¡Vamos, vamos! (Salen por la derecha. Música en la orquesta.)

MUTACION

CUADRO TERCERO

Salón en la torre en la forma que indica el dibujo. En el lienzo del fondo una ancha puerta de hierro. A la izquierda una ventana con los hierros partidos. Del mismo lado, en primer término, puerta secreta, que gira sobre un eje, y que está disimulada en el muro hasta el momento preciso. A la derecha, y en lugares marcados, dos puertas (A y B) que sirven de movimiento del cuadro de la manera que señalan las acotaciones. Entre estas dos puertas, un arcón, sobre el cual hay diversas armas, un trabuco, pistolas, etcétera.

ESCENA XII

EL CENTELLAS, sable en mano.

Ya están los tres pimpollos en la ratonera. Una, dos, tres vueltas. ¡No puedo más! ¡Aún crece el rumor de la pelea! El atrincheramiento resiste aún, pero nuestras municiones deben de estar á punto de agotarse. Nos vencen, sí, nos vencen; pero ha de costarles cara la victoria. Veamos. Sí; está bien. La mecha preparada pasa perfectamente por debajo de la puerta de hierro. Bastarán pocos minutos para que llegue el fuego á la pólvora y para que estalle el incendio. (En este momento, en la tronera dos manos se agarran desde el exterior á los hierros retorcidos. Aparece la cara de Radoub con la hoja del sable entre los dientes. El Centellas lo ve, y exclama:) ¡Ah! ¿Qué es esto? ¿Quién demonios sube? (Corre á lo largo del muro, y llega junto á la tronera, á tiempo que Radoub, sable en mano, salta á la sala.)

ESCENA XIII

EL CENTELLA y RADOUB (1)

SARG. — ¡Por fin!

CENT. — ¡Ah! ¡Miserable!

SARG. — ¡El Centella! ¡Paso! ¡Paso!

CENT. — ¡Nunca! ¿Vienes á gozarte en nuestra derrota?

SARG. — ¡Vengo á completarla!

CENT. — ¿Nos habéis vencido?

(1) El Centella Radoub.

SARG. ¡Sí!
CENT. ¿Nos habéis aniquilado?
SARG. ¡Sí!
CENT. ¡Pues oye!
SARG. ¡Paso!
CENT. ¡Me has de oir!
SARG. ¡Acaba!
CENT. Pues bien; acuérdate. Las vidas de los tres niños, van á responder de las nuestras.
SARG. ¡No, no!
CENT. ¡Sí, sí! ¡Oye! El Castillo del Aguila, la construcción aneja á la torre, la que domina el barranco negro, tiene dos pisos. En el de abajo he amontonado una gran cantidad de pólvora que está rodeada por montes de ramaje seco. Lejos de aquí, á la parte opuesta del fuerte, se comunican el castillo y la torre por una puerta de hierro como ésta. (Señalando al fondo.)
SARG. Sigue... sigue...
CENT. Bajo sus recias hojas hice pasar hace poco una mecha impregnada de azufre, que llega, por uno de sus extremos, á la pólvora, y que por el otro lado queda... al alcance de la mano de quien quiera prenderle fuego.
SARG. ¡Calla! ¡Calla!
CENT. ¡No, no! ¡Si habéis querido gozaros con nuestra ruina y con nuestra muerte! ¿No habrá habido alguien que se haya apoderado de los niños, conduciéndolos al piso de arriba?
SARG. ¡Calla!
CENT. ¿No habrá habido alguien que los haya encerrado? ¿No habrá, quien al verse perdido, prenda el fuego, de tal modo que el incendio surja en un instante, y cunda y crezca?
SARG. ¡Ah! ¡Miserable! ¡Pero no, no; no has de ser tú, porque vas á morir! (Lanzándose contra él, sable en mano.)
CENT. ¡Atrás! (Lanzándose contra Radoub, luchan. El Centella dirige á su enemigo un enérgico tajo y éste para el golpe.)
SARG. ¡Ah! ¡Presuntuoso! Tirabas á la cabeza. ¡Yo soy más práctico y voy derecho al corazón! (Siguen luchando durante un momento encarnizadamente. Al fin, Radoub, hiere á el Centella en el pecho. El Centella lanza un grito y cae desplomado.)

CENT. (Cayendo.) ¡Ah!
SARG. ¡Muerto! ¡Sí! ¡Muerto! (Moviéndolo.) ¡Bien muerto estás! (Mirándole despreciativamente.) ¡Infame! ¡Y ahora... ahora no hay que perder tiempo, Radoub! Hay que salvar á los niños, y para salvarlos... exterminio y muerte contra todos, contra todos esos bandidos. Acorralarlos, aniquilarlos, cogerlos entre dos fuegos. (Abre la puerta y óyese el estrépito lejano del combate.) Aún gritan «¡Viva el Marqués de Lantenac!» Y morirán gritando lo mismo. (Pausa. Transición.) Poco daño podré hacerles con mi pobre sable... pero... (Viendo las armas colocadas sobre la mesa.) Pero ¿qué miro? ¡Un trabuco, dos pistolas! (Mientras habla colócase las pistolas en el cinto, y coge el trabuco.) ¡Vaya una mesa bien servida! Esto es lo que se llama un *buffet* espléndido. Voy á caer sobre esos infames como una tempestad deshecha. Ante todo el trabuco. (Con voz de mando.) ¡Por aquí, soldados, por aquí! (Precipítase por la escalera que muere en la puerta B. Oyese á poco la formidable detonación del trabuco y los gritos de los vendeanos.)
CENT. (Incorporándose trabajosamente.) ¡Muerto! Creyó que estaba muerto. ¡Un instante y verás! ¡Busca, busca á los niños por la parte opuesta del fuerte! ¡Necio! ¡Que pueda encender la mecha y moriré feliz!

ESCENA XIV

El CENTELLA, VENDEANOS 1.º y 2.º y otros que entran apresuradamente por la puerta A. Lantenac detrás de ellos.

VEND. 1.º (Volviendo hacia la puerta.) ¡Señor Marqués! ¡Señor Marqués! ¡No viene!
LANT. (Apareciendo en el umbral.) ¡Sí viene, pero el último!

VEND. 2.º ¡Por favor, entrad aprisa! (Entran todos. El Vendeano 2.º cierra la puerta A corriendo un enorme cerrojo. El Vendeano 1.º corre á la puerta B y hace lo propio.)

VEND. 1.º ¡Estamos perdidos! (m).

LANT. ¡Calma! Los enemigos aún están abajo, trastornados por el humo y la obscuridad. ¿Cuántos sois?

VEND. 1.º Cinco, con el señor Marqués.

CENT. No, seis.

LANT. ¡Ah! ¿Eres tú, Centella? ¿Todos estáis heridos?

VEND. 2.º Levemente. Aún podemos luchar.

CENT. Yo no; yo ya no puedo hacer más que dos cosas: morir y matar.

LANT. ¿Y esas armas?

VEND. 1.º Han desaparecido.

LANT. ¿Y no hay salida alguna? Todo acabó, pues. (Con desesperación.) ¡Vivos estamos, pero enterrados vivos! ¡Ah!

ESCENA XV

DICHOS y JORGE. Gira una piedra en el muro, á la izquierda, y aparece Jorge.

JORGE ¿Giraba ó no giraba la piedra, señor Marqués?

LANT. / VENDEANOS } ¡Jorge!

JORGE (n) Ya veis si llego con oportunidad. Seguidme todos y dentro de cinco minutos estaremos en salvo.

VEND. 1.º Vos primero, señor Marqués.

LANT. No, el último. ¡Obedecedme!

JORGE La piedra resiste y no podré cerrar. Apresuraos.

(m) El Centella Vendeanos.
Vendeano 1.º—Lantenac—Vendeano 2.º

(n) Centella. Vendeanos 1.º, 2.º 3.º y 4.º, Lantenac, Jorge

LANT. ¡Pronto! Y á ti, Centella, habrá que llevarte á hombros.

JORGE (A Lantenac.) La escalera es muy estrecha. No es posible.

CENT. ¡Y aunque fuera posible; yo no me aparto de aquí!

LANT. ¡No puedo abandonarte!

CENT. Salvaos, que yo me salvaré. Dos palabras solamente. Tomad esta llave. Es la llave de esa puerta de hierro. Que no la encuentren sobre mí. (Le entrega una llave. Principian á golpear reciamente en las puertas A y B á culatazos y hachazos.)

JORGE ¡Por Dios, señor Marqués! ¡Aprisa!

LANT. (A Centella.) ¡Hasta muy pronto! (Sale por la puerta secreta, despues de hacer pasar á Jorge.)

ESCENA XVI

EL CENTELLA

Hasta muy pronto, no porque voy á morir, pero antes .. (Empiezan á golpear el eslabón. Redoblan los golpes contra la puerta.) antes he de cumplir la palabra que dejé empeñada por vos. Vos la olvidásteis ya, pero yo nunca amenazo en balde. (Enciende la yesca y después la pajuela.) Sí, ¿qué habéis hecho vosotros con el rey niño, que aprisionásteis en el Temple? (Aproxima la pajuela á la mecha, y prende fuego, la llama corre y pasa por debajo de la puerta de hierro.) ¡Bien está! Las puertas ceden, (Con alegría feroz) pero la mecha arde. (Las puertas saltan unas tras otras, hechas pedazos. Entran Radoub, Gauvain, Sebastián y grupos de soldados.)

ESCENA XVII

EL CENTELLA, RADUOB, GAUVAIN, SEBASTIÁN y SOLDADOS

SARG. ¡Aquí, aquí están todos! (ñ).
GAUV. ¿Todos?
SARG. ¡Nadie! ¡Ah! ¡Cobardes! ¡Huyeron! ¡Por ahí! (Señalando la salida.)
GAUV. ¡Una puerta secreta!
SARG. ¡Sigámosles!
GAUV. Ya es inútil. Habrán ganado el bosque. Los venciámos, y al escapársenos ese hombre maldito, nos vencen ellos.
CENT. Una vez más.
GAUV. ¡El Centella!
SARG. ¡Demonio! Este ha resucitado.
CENT. (Con alegría feroz.) Nos negásteis la vida y habéis condenado á muerte á esos infelices. Ya os lo anuncié.
SARG. ¡Ah! ¡El miserable! ¡El miserable! (A Gauvain.) ¿No os lo dije?
GAUV. ¡Radoub!
CENT. ¡Aquí, aquí! ¡Ya prendió el fuego! ¡Dentro están! (Mostrando su obra.)
SARG. Derribad esa puerta.
CENT. Prueben.
GAUV. (Desesperado.) ¡No, no! ¡Solo cedería á cañonazos!
CENT. ¡Si cedía!
GAUV. ¡Seguidme todos!
SARG. ¡Mi comandante!
GAUV. Si aun podemos escalar las ventanas, se han salvado.
CENT. No, no podréis.
GAUV. (Fuera de sí.) ¡Seguidme!
SARG. ¡Ah, canalla del infierno! ¡Y no poder matarte poco á poco, porque ya te mueres!
CENT. ¡Sí, me muero, ya lo ves! Pero después de

(ñ) El Centella. Guechamp—Marcelo—Soldados. Gauvain—Radoub—Sebastián.

haberme vengado. (Gauvain, Radoub, Sebastian y soldados salen por la puerta por donde entraron tumultuosamente. El Centella cae desplomado en tierra.)

MUTACION

CUADRO CUARTO

ESCENA XVIII

LOS NIÑOS. Cuando desaparecen todos los que salen y queda El Centella inmóvil, tendido en el suelo, tórnase transparente el telón de fondo y se ve al través de la tela el salón inmediato. Ha de tener éste caracter de fortaleza también y recibirá luz por altas claraboyas cerradas con barrotes de hierro. En el lugar más conveniente aparecerán los tres niños dormidos, formando un artístico grupo. De pronto invaden el salón las llamas, del modo y manera que dispongan los pintores escenógrafos. Oyense grandes clamores. Los niños se despiertan y forman otro grupo, en actitudes de espanto. Crece el incendio, y en su resplandor, que se difunde por la escena, hácese al punto la mutación con toda la rapidez posible

MUTACION

CUADRO QUINTO

ESCENA XIX

Telón corto.—Salida de MICAELA con un grupo de señoras del Coro

MUTACION

CUADRO SEXTO

El castillo anejo á la Torre, cuya parte baja se distingue al través del ramaje. El edificio ocupa oblicuamente dos tercios ó más de la escena. Está construído con arreglo al estilo Luis XV sobre un puente de tres arcos, levantado y tendido á su vez sobre un ba-